

ANA FORNER

*Tú y Yo
y la increíble
locura de
estar juntos*



*Tú y yo y la increíble
locura de estar juntos*

Ana Forner

Esencia/Planeta

© Ana Forner, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2023
ISBN: 978-84-08-26834-5
Depósito legal: B. 310-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo 1

Siento como la brisa acaricia mi rostro y sonriendo dirijo mi mirada hacia ese sol que está empezando a descender tiñendo, con sus rayos anaranjados, todo el paisaje.

Estamos a principios de octubre, el verano ha quedado atrás y con él se ha llevado las altas temperaturas y a los miles de turistas que abarrotan nuestra isla dejándola casi desnuda, como realmente a mí me gusta y, aunque disfruto mucho de los meses de verano, es este mes, el de la brisa fresca, el de la carretera desierta y el del sosiego, mi preferido, posiblemente porque estoy harta del calor, porque necesito un respiro después de las largas jornadas en La Masía, o porque soy una egoísta y me gusta disfrutar en silencio de las calas y de mis rincones preferidos de la isla sin tener que compartirlos con nadie y, aunque este fin de semana el sosiego dará paso al bullicio y a la emoción, no me importa, porque estoy deseando vivirlo y poder celebrar con mi amiga Luna su enlace con Gael.

Sin dejar de sonreír, me recuesto en el asiento empapándome de las vistas increíbles que se despliegan ante mí, feliz de estar donde estoy, rodeada por toda esta gente que forma parte de mi vida desde que tengo uso de razón y más que dispuesta a exprimir cada segundo, pues esta noche celebraremos en El Capitán, el chiringuito de Capi y padre de mi amiga Luna, la fiesta previa a su enlace.

—¡Oyeeee, princesita, pero qué buenos están estos mojitos! Ya me veo saliendo a rastras de aquí, y eso que no es jueves —le dice Greta, su compañera de curro entre risas.

—Es la bebida estrella de El Capitán, nadie los prepara como mi padre —le responde mi amiga con orgullo, tan feliz que casi siento

que puedo palpar su felicidad, mientras yo salgo de la burbuja que había creado sin percatarme, para unirme a la conversación.

—Están buenísimos, además no hay nada mejor en este mundo que tomarte uno viendo el atardecer, mientras suena *Por ti volaré*. Es lo típico de El Capitán, atardecer, mojito y volar con esa canción —le cuento, rememorando las muchísimas veces que he visto atardecer, sentada en este mismo lugar, escuchando esa música.

—¿De verdad? ¡Qué pasada! ¿Y hoy también la pondrá?

—Espera y verás —le respondo guiñándole un ojo.

—Tú sí que verás, tú —me dice Luna empezando a sonreír—, no sé cómo he podido olvidarlo —prosigue, mordiéndose el labio y negando con la cabeza.

—¿Qué has olvidado? —le pregunto, llevándome el vaso a los labios y dándole un sorbo a mi mojito.

—Orlando Sun va a venir a la boda —me suelta de sopetón.

—¿Quéééé? —le pregunto, atragantándome con la bebida, empezando a toser, queriendo hacerle el interrogatorio de su vida y no pudiendo por culpa de la tos y del mojito, que siento que se me está saliendo hasta por la nariz.

—¡Tía, no te nos mueras ahora, que tenemos que ir de boda! —me dice mi amiga Jimena entre risas, dándome palmadas en la espalda mientras yo no puedo dejar de toser.

—¿Puedes repetir lo que has dicho? —le pregunto a Luna a duras penas cuando consigo frenar el dichoso ataque de tos, necesitando cerciorarme de que no lo he soñado—. ¿Me estás diciendo que Orlando Sun va a venir a la cena? —le pregunto medio histérica, buscando una servilleta con la que sonarme la mezcla de mocos y mojito que siento amenazantes en la punta de la nariz.

—Es muy amigo de Gael, ¿cómo no iba a venir? Además... no me mates, por favor, olvidé decirte que tiene una casa en la isla.

—Estás de coña —musito mirándola fijamente.

—Te lo juro; no sé cómo olvidé decírtelo, perdóname —me pide juntando las manos.

—Me estás diciendo que mi actor preferido, mi ídolo, mi dios griego y mi futuro marido... ¡¡¡¿¿¿tiene una casa aquí, mientras yo lo he seguido por medio mundo?!! —le pregunto atacada, sin poder creerlo y empezando a buscarlo como una loca por todo el local.

—¡Halaaaaaa, por medio mundo, no te pases! Vamos a dejarlo por Madrid y Barcelona —replica mi amiga, carcajeándose con ganas.

—Pero ¿la tiene o no? —prosigo machacona, necesitando asegurarme de que lo que he escuchado es cierto, mientras ella, medio derretida, dirige su mirada hacia la barra, donde está Gael—. ¡Y deja de mirarlo, hija, que vas a gastarlo! —le pido, deseando que me preste atención de nuevo.

—No lo sabes tú bien, anda que no son pegajosos ni nada —interviene Greta haciendo una mueca—. Son como los hippies, todo corazón y amor flotando en el ambiente.

—Ja, ja, ja, ¡qué graciosa eres! —le contesta Luna entre risas, pasando de mí.

—¡Lo séééé! ¡Me viene en los genes, como la guapura! —le responde Greta, socarrona.

—Pero ¿quieres contestarme? —le pregunto, desesperada por obtener la respuesta que tanto ansío—. ¿La tiene o no? —¡Como me diga que sí me muero!

—¡Que síííí, que tiene una casa aquí! —me contesta, poniendo los ojos en blanco.

—¿Dónde? No me digas que cerca de la mía porque me da un patatús —le indico, empezando a hiperventilar. ¡La madre del cor-derooooo!

—Tranquila, que no va a darte nada; la tiene cerca del faro Cap de Barbaria; hay un camino de tierra que lleva hasta ella. Además, tampoco es que sea tan importante, si tienes en cuenta que no viene mucho por aquí, que hoy cenarás con él y que mañana vendrá a la boda; aprovéchate y pégate como una lapa.

—Lo que va a darme es un ataque: tía, ¿qué haré cuando lo tenga delante? —murmuro sin dejar de buscarlo, sin poder creerlo todavía.

—¿Cómo que qué harás? Llevas colándote en todas las fiestas y eventos varios a los que él asiste, le has servido copas miles de veces, pero ¡si prácticamente lo conoces! —me dice mi amiga Jimena, divertida.

—¿Haces eso? —me pregunta Greta entre risas—. ¡Tía, eres mi ídolo!

—Pero ¡eso no cuenta! —replico agobiada—. Yo era una camarera más, casi podría decirse que formaba parte de la decoración,

pero hoy voy de invitada, como él... —musito, sintiendo cómo el corazón me golpea en la garganta con fuerza... Voy a verlo, a estar cerca de él, ¡pum!, ¡pum!, ¡pum!

—¡Stop! Mírame, respira e inspira —me pide Luna intentando tranquilizarme, algo realmente imposible, para qué engañarnos—. Vas a divertirte, a aprovechar cada segundo y, sobre todo, vas a dejar de agobiarte; además, llevas un vestido de mi colección, ¿no te da eso suficiente seguridad? —me pregunta mientras yo asiento como una muñeca—. Y ahora que lo pienso, ¿no tendría que ser yo la que estuviera nerviosa y tú tranquilizándome? ¿Por qué se han invertido los papeles? —me pregunta frunciendo el ceño.

—Porque mañana vas a casarte con el de la montaña rusa, no creas que lo he olvidado; todavía estoy muerta de envidia desde que me lo contaste. Eres una diseñadora reconocida, has salido en la revista *Vogue* y tu vida es perfecta, te odio —le suelto sonriendo.

—Bueno, para llegar a ser una diseñadora reconocida aún me falta un poquito, pero lo seré —me dice Luna guiñándome un ojo—; de lo de la montaña rusa, mejor ni hablemos, no quiero que te mueras aún más de envidia —me dice entre carcajadas, ante mi mueca.

—Sí, mejor déjalo —interviene Greta, mientras yo dirijo de nuevo mi mirada hacia la entrada, esperando ver llegar a Orlando en cualquier momento.

Me sudan las palmas de las manos por culpa de los nervios y el corazón me late enloquecido en la garganta, mientras mantengo la vista clavada en la pasarela de madera por la que no deja de llegar gente y, cuando finalmente lo veo, todo desaparece para mí: mis amigas, su parloteo incesante, la música... todo, absolutamente todo enmudece y se borra de mi campo de visión como si una bomba atómica hubiera arrasado con todo lo que encontrara a su paso con la única finalidad de dejarle el espacio libre a él, que lo llena por completo con su magnetismo.

Lleva un traje oscuro y una camiseta negra y prácticamente dejo de respirar ante su presencia, una presencia que eclipsa la de todos los demás, y lo sigo con la mirada mientras él se dirige hacia donde está mi amiga con Gael, devorándolo con los ojos... Lleva las gafas de sol puestas y siento que algo se enreda en mi interior al tiempo

que sigo contemplando su pelo oscuro, su tez bronceada, su nariz recta y perfecta, su barba recortada, sus labios...

—Cierra la boca, tía, que se te caerá la baba —me dice Jimena, provocando un estallido de carcajadas.

—Paso de ti —musito, sin poder alejar mi mirada del cuerpo de él—. Tía, que está aquí —le digo flipada, como si no fuera algo obvio, volviéndome durante unos escasos microsegundos para mirar a Jimena y dirigiendo de nuevo mi mirada hacia él, negándome a perderme un solo segundo de su presencia.

—No me digas. No me había dado cuenta —me responde puñetera, mientras yo continuo devorándolo con la mirada—. Por cierto, ¿has visto la tía que lo acompaña?

Y entonces me estampo contra la cruda realidad. «¿Y ésa quién leches es?», me pregunto, haciéndole un escáner en toda regla.

—Qué tía más fea, por favor —musito, queriendo verle defectos donde no los hay, pues es todo un monumento.

—¿Fea? ¡Venga ya, tía, ponte gafas!

—Seguro que está toda retocada —aseguro convencida, mirando sus pechos y muriéndome de envidia. ¡Ay, Diossss, yo quiero tener esas tetas!—. Ahora vuelvo —les digo levantándome, más que dispuesta a estar todo lo cerca de él que me sea posible.

¡Ayyyyy ayyyyy ayyyyyy! ¡Que me da un patatús! Siento que mi corazón da cientos de volteretas e incluso un triple salto mortal dentro de mí, mientras dirijo mis pasos temblorosos hacia la barra, donde está él, a la vez que mi amiga Luna, de la mano de Gael, se dirige al mirador de El Capitán para ver el atardecer.

¡Pum pum pum! ¡Y más pum pum pum pum! Estoy tan nerviosa que siento cómo me tiembla todo y, sin dudarlo, me coloco al lado de Orlando, sin poder creerlo, sin poder creer que lo tenga tan cerca de mí.

—¿Qué te pongo? —me pregunta Leo, uno de los camareros.

—Un mojito —contesto con voz estridente, recordándome casi de inmediato a un gallo a punto de ser degollado. «¡¿Quieres tranquilizarte?!», me ordeno, mientras intento aspirar su fragancia, escuchar lo que dice y no añado saber lo que piensa, porque eso es imposible, porque si no también lo querría saber, acercándome tanto a su cuerpo que en cualquier momento voy a convertirme en lapa Paloma.

—Estás guapísima esta noche, Palo —me dice Leo sonriéndome mientras prepara mi bebida.

Mi parte fantasiosa desea que Orlando haya oído el comentario y, ya puestos, que se vuelva, pero nada, mi gozo en un pozo, como siempre, mis fantasías son mejores que mi realidad, pienso, acercándome más a él, tanto que siento el tacto de su chaqueta en mi brazo y tengo que frenarme para no pegarme literalmente a su cuerpo y empezar a olisquearlo como un perro.

—Aquí tienes —me dice Leo dejando el mojito sobre la barra, mientras Orlando continúa hablando con su acompañante, completamente ajeno a mi presencia.

—Gracias —le respondo de nuevo con voz estridente, viendo cómo la mujer se cuelga de su brazo. Mentalmente le arranco la cabeza, mientras ambos se dirigen al mirador donde están todos los invitados viendo el atardecer, con la compañía de la voz de Andrea Bocelli y su *Por ti volaré* que ha empezado a sonar.

Como atraída por un poderoso imán, me coloco a su lado, inspirando profundamente el aroma a salitre entremezclado con su fragancia, esa que no deseo olvidar, y durante unos segundos cierro los ojos, disfrutando del momento; la brisa acariciando mi cuerpo, su cercanía, la canción... volando con mis sentimientos hacia ese lugar mágico de mi imaginación donde estamos juntos, donde soy yo la que va colgada de su brazo y a la que presta toda su atención; deseando que eso ocurra, deseando que algún día ese imposible se convierta en realidad.

Con el final de la canción, abro los ojos maravillada ante el espectáculo que se despliega ante mí; el sol ocultándose en el mar, esta isla que es mi casa y él a mi lado, y me vuelvo hacia ese hombre que es mi todo sin que él lo sepa.

—Vamos a sentarnos, Palomita, ya has babeado lo suficiente —me dice Jimena al oído, mientras todos los invitados empiezan a sentarse.

Observo alejarse a Orlando con la nórdica, que es como la he bautizado por el tono pálido de su piel y su pelo rubio, colgada de su brazo, hacia donde está sentado otro pedazo de tío rubio, que a saber quién será, pero que para mi disgusto está besando a una morena, vamos, que aquí todos los tíos buenos están pillados.

—Nena, aquí estamos muy lejos de él —me quejo con disgusto a Jimena, pues si por mí fuera no es que me hubiera sentado a su lado, es que me habría sentado encima.

—Tía, no estamos lejos —me replica ella, mientras les guarda sitio a Pablo y a Mario, nuestros amigos—. ¡Aquí, chicos! —les dice haciéndoles señas con la mano.

—¡Anda que no! ¡Nos separan cinco sillas! ¿Cómo voy a poder hablar con él? —le pregunto contrariada.

—Pues haber sido más rápida, además, luego vas a tener toda la noche para hacerlo, no te quejes tanto —me dice Jimena antes de dejar de prestarme atención—. ¿Dónde estabais? Os habéis perdido la puesta —les dice a Pablo y a Mario, mientras yo me vuelvo de nuevo hacia él.

Madre mía, qué hombre tan guapo, pienso, admirándolo sin una pizca de disimulo. Ya no lleva las gafas de sol puestas y observo fascinada sus increíbles e intensos ojos verdes, rodeados por unas largas y espesas pestañas, e inclino un poco la cabeza para verlo mejor, completa y absolutamente fascinada.

Está hablando con ese hombre rubio y con Gael, totalmente ajeno a mi mirada y a la de todas las mujeres que estamos en la mesa y cuando lo veo sonreír, sonrío yo también sin ser consciente de que estoy haciéndolo.

—Deja de poner esa cara de lela, ¿quieres? —me pide mi amiga al oído—, que quien te vea creerá que te falta un hervor o algo peor.

—No puedo, tía, que es él, ¡es ÉL! —le digo maravillada—. Tengo a Orlando Sun a escasos metros de mí, incluso puede que luego hable con él, ¿te lo puedes creer?

—Definitivamente, te falta un hervor —me dice Jimena entre risas.

—¡Niñooooooooo! No te lleses el vino, que aquí somos todos de casa; déjalo aquí, a mi *laíco*, para que pueda servirme cuando quiera sin tener que molestarte —oigo que le dice la mujer que tengo a mi lado al camarero y sonrío.

«¡Ay, Diossss! ¡A su *laíco* querría estar yo, para servirme cuando quisiera!», pienso, reprimiendo la tonta sonrisa que parece no querer abandonarme desde que lo he visto.

Cenamos entre risas, pues Crescencia, la mujer que tengo al lado, es un cachondeo continuo y con sus ocurrencias y las anécdoto-

tas que va contándome sobre mi amiga Luna, su jefa ahora, y Gael, transcurre la cena, una cena en la que no le quito a Orlando el ojo de encima.

—¡Mira! ¡Ya han abierto la pista de baile! ¡Yupiiii! —le digo a Jimena, deseando levantarme y pegarme a él todo lo que pueda.

—Como sea de los que se quedan toda la noche sentados lo llevas claro.

—¡Ay, calla y no me seas gafe! ¡Miraaaa, se ha levantado! ¡Vamos allááááá! —le digo, cogiéndola del brazo y tirando de ella para que se levante.

—¿Qué haces, loca? —me pregunta entre risas.

—Calla y sígueme —le pido, yendo hasta el baño, donde me recoloco las tetas, subiéndomelas todo lo que puedo—. ¿Están bien? —le pregunto a Jimena mirando mi reflejo en el espejo—. Dime, ¿me ves el canalillo? —le demando, volviéndome hacia ella.

—Tía, tú no tienes canalillo ni tienes *na* —me responde descomponiéndose.

—Con este sujetador sí tengo, ponte gafas —le digo, haciéndole una mueca—. Además, tú qué sabrás —prosigo, retocándome el pintalabios—. Venga, ¡vamos! —le digo cogiéndola de la mano y arrastrándola de nuevo hasta la pista de baile donde está él, tan macho, tan tío y tan tremendísimo, dejándose querer por la nórdica de tetas de infarto—. Éste es el plan —empiezo, volviéndome hacia mi amiga.

—No me digas que tenemos plan y todo.

—Por supuesto, ¿qué creías? Aquí está todo planeado, presta atención —le ordeno poniéndome seria—. Vas a empujarme.

—¿Quéééé? ¿Cómo que voy a empujarte?

—Sí, tía, quiero que me empujes y me tires encima de él, como si tropezaras conmigo —le explico, visualizando la escena en mi cabeza.

—No hablas en serio —replica Jimena, mirándome como si se me hubiese ido la pinza.

—Y tan en serio. Tía, que como no me tire encima de él pasará la noche y no sabrá ni que existo.

—Chicas, ¿os apetece un chupito de Jägermeister? —nos pregunta Pablo, rodeando la cintura de Jimena ante mi mirada de «¿perdonaaaa?».

—Luego, ahora estamos ocupadas —le digo, deseando que desaparezca por donde ha venido—; además, paso de beber eso —prosigo, recordando mi última cogorza con Jäger y el dolor de cabeza que tuve al día siguiente.

—¿Y qué estáis haciendo, si puede saberse? —nos pregunta él con curiosidad.

—No quieras saberlo —le responde Jimena sonriendo tontamente. «¿Cómooooooooo? ¿Y esa cara de lela a qué viene?»

—Oye, Pablo, ¿por qué no te pierdes un ratito? Venga, sé majo y ve bebiendo por nosotras —le pido, mirando de reojo al objeto de mis deseos más oscuros.

—Luego nos reuniremos con vosotros —le dice mi amiga guiñándole un ojo.

¡Sí, hombreeee! ¡Venga yaaaaaa! Y aunque en otras circunstancias le hubiera hecho tal interrogatorio que habría deseado la muerte a seguir con vida, hoy tengo otras cosas más importantes en la cabeza y cuando mi amigo se larga, respiro aliviada. ¡Qué pesadito, Diossss!

—Venga, empújame —le pido entusiasmada a Jimena.

—Ya te vale, tía —me dice, dándome un empujoncito de nada que no me mueve ni un centímetro de mi sitio.

—¿Eso es empujar? ¡Vamos a ver! ¡Que tienes que empujarme con fuerza! —le pido, acercándome más a él—. Y disimula, ¿quieres? Venga, ponle un poquito de ganas —insisto dándole la espalda, y entonces me da tal empujón que me deja pegada a la espalda de mi dios, ¡joder, qué bruta!

Siento que pierdo el equilibrio e instintivamente me cuelgo de su espalda cual chimpancé, para evitar darme de morros contra el suelo y dejarme los dientes que tanto dinero le costaron a mi madre y, aunque soy consciente de que estoy haciendo el ridículo más espantoso de mi vida, en el fondo estoy encantada de la vida.

—¡Oyeeeeee! Pero ¿a ti qué te pasa? —le digo a Jimena haciéndome la ofendida y sacando a pasear a la loca actriz que habita dentro de mí, mientras él se vuelve para mirarnos, con el ceño fruncido y su mejor cara de perdonavidas, conmigo cogida a su espalda—. Looooo loooo loooooooooo sieentooo, haaaaa sido culpa... suya —susurro incorporándome, pues tengo el culo en pompa, y soltán-

dome finalmente, completamente cortada ante la intensidad de su mirada.

—Mirad por dónde vais —masculla dándonos la espalda de nuevo, pasando de nosotras.

Siento como mi amiga me coge la mano y a rastras me lleva hasta la barra descojonándose.

—¿Por culpa míaaaa? Ya te vale, tía, ni que tuvieras tres años; además, ¡quién te ha visto y quién te ve! ¡Si te has puesto a tartamudear! —me cuenta entre risas, como si yo no lo supiera de sobra, mientras el grupo que Capi ha contratado empieza a tocar *Lost On You*.

—No me digas —le contesto haciendo una mueca, mientras Mario pone frente a mí un chupito de Jäger—. ¿Ya estamos con el Jäger de las narices? Por vuestra culpa voy a salir a gatas de aquí —mascullo, brindando con ellos y bebiéndomelo de un trago, cual camionero, deseando olvidar mi momento tartamudeo con chupitos de esta bebida que es alcohol puro y duro—. ¡Brrrrr, qué asco me da esto! —les digo, erizada de la cabeza a los pies.

—Está buenísimo, no sé cómo puede no gustarte —me dice Jijena, saboreando el suyo.

—¡De coña! No te fastidia. ¡Tíaaaaaaaaaa, pero qué mal me ha salido! —me quejo, mientras mis amigos empiezan a charlar entre ellos y yo observo a Orlando sonriéndole a la nórdica. ¡Yo quiero ser ellaaaaaa!

—Venga, Palo, ven y te lo presento de una vez —me dice mi amiga Luna, que se ha unido a nuestra tercera ronda de chupitos.

—Tía, que no, que me muero de vergüenza —musito, recordando la cara con la que me ha mirado cuando me he estampado contra su pedazo de espalda. ¡Y qué espalda!—. Déjalo estar, que desde aquí ya lo veo bien.

—No me lo puedo creer. Ahora que puedes estamparle dos besos bien dados, te estás rajando.

«¡Ay, si tú supieras, maja!», pienso, suspirando ruidosamente, rememorando mi momento chimpancé con el culo en pompa.

—¡Orlando! ¿Te estás divirtiendo? —le pregunta Luna, cogiendo mi mano y llevándome hasta él, que está pasando por delante de nosotras, y yo me pongo de todos los colores posibles.

—Muchísimo; me encanta este sitio, voy a tener que venir a Formentera más a menudo —le contesta sonriéndole y derritiéndome.

¡Ayyyyy, qué guapo, qué voz, qué sonrisa... qué todoooooooooo!

—Pues si necesitas quien te muestre la isla, aquí tienes a la persona perfecta. Te presento a Paloma, una de mis mejores amigas.

—Encantado —me dice, acercándose a mí, dándome dos besos y consiguiendo que me sonroje intensa y vergonzosamente—. ¿Te conozco? —me pregunta frunciendo el ceño.

«Claro que la conoces, majete, se ha tirado a tu espalda hace apenas media hora, además de colarse en todos los eventos que ha podido y servirte copas como una docena de veces», le responde la insolente voz de mi cabeza, mientras yo termino de morirme de vergüenza.

—Creo que no —musito como puedo, abofeteándome figuradamente por estar tan cortada, ¡mierda!

—Tu cara me resulta familiar...

—Si me disculpáis, Gael me espera —se excusa mi amiga, dejándonos a solas... «¡Ay, por favor, no te vayas que me muerooooooooo!»

—Pues no lo sé, porque la verdad es que tú a mí no me sueñas de nada —le suelto y mentalmente me pego un tiro. ¡Venga yaaaaa! ¿Yo he dicho eso?

Me mira con una sonrisa ladeada que me deja clavada en el suelo, fulminando en un segundo cualquier pensamiento coherente que pudiera tener; vamos, que si me apuras no recuerdo ni dónde vivo. ¡Ay, Dios, con las veces que he imaginado este momento y ahora que lo estoy viviendo estoy haciendo un ridículo espantoso!

—Puede que me recuerdes a alguien...

—Puede, conoces a tanta gente que quién sabe... —musito sonrojada de la cabeza a los pies, encogiéndome de hombros.

—¿Y cómo sabes que conozco a tanta gente si mi cara no te sueña de nada? —me pregunta sonriendo abiertamente.

—¿Ehhhhh? ¡No! ¡Noooo no lo sé! Lo he supuesto, claro, yo conozco a mucha gente y supongo que tú también —le respondo como puedo, pegándome el segundo tiro en lo que llevo de noche.

—Pues supones bien —me dice en un susurro, guiñándome un ojo y matándome.

—*I was looking for you* —le dice melosa la nórdica, colgándose

de su brazo y yo la miro arrancándole la cabeza, mentalmente, claro, por segunda vez.

—Nos vemos —me dice Orlando sonriéndome con arrogancia, antes de largarse con ella, dejándome clavada en mi sitio completamente deslumbrada.

¡MADREEEEEEE MÍAAAAAA! Me ha sonreído, me ha guiñado un ojo y ha hablado conmigo. Y a mi pesar, sonrío yo también. ¡Ya me vale! ¡Mira que decirle que su cara no me sonaba! ¡Pa matarme!

Paso el resto de la noche devorándolo con la mirada, intentando bailar lo más sexy y cerca que puedo de él, sonriendo cuando creo que mira hacia donde estoy yo y bebiendo más Jäger del que debería, mientras soporto estoicamente las burlas de mi amiga Jimena, que hoy está con el gracioso subido.